CAPITULO XXI.

EL DIABLO.

VALE la pena de dedicarle al diablo algunas líneas, para que veamos prácticamente la influencia que ejercia en nuestros personajes este sugeto de tan malos antecedentes. Retrocedamos.

Un miércoles á las ocho y media de la mañana, el desayuno de la casa de D. Pedro María tenia un aspecto de verdadera fiesta.

Presidia la mesa el padre Martinez, que saboreaba su predilecto Caracas con envidiable satisfaccion.

Doña Rosario acababa de quitarse la mantilla y habia

quedado con su saya de gro azul y una pañoleta blanca de encajes.

D. Pedro María tenia un chaleco de terciopelo azul labrado á fuego, y estaba sentado junto al padre Martinez.

Angelita vestia tambien de azul, y las dos tias, aunque mas modestamente ataviadas, tenian una de ellas una mascada de gasa-blonda azul celeste al cuello, y la otra una mascada azul de la India.

En el mismo comedor y sobre la cómoda de los trastos se habia levantado un altar de tres gradas, sobre las cuales descansaba un gran nicho que encerraba una escultura que representaba la Purísima Concepcion de María: ardian cuatro velas en el altar, que tambien estaba adornado de blanco y azul.

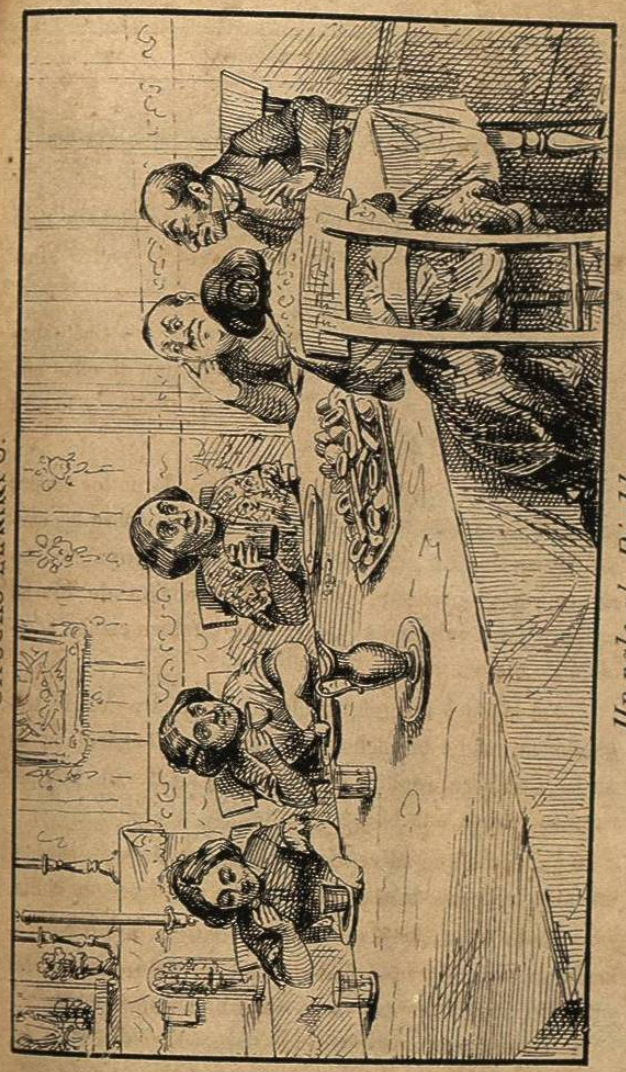
—De modo y manera, exclamó D. Pedro María tragando un medio bizcocho impregnado en chocolate; de modo y manera, repitió, que el diablo ha llevado hoy por nuestra cuenta una buena corrida.

—¡Y cómo que sí! replicó una tia sirviéndose leche: el enemigo malo ha de estar hoy contra nosotros que chille.

—Todo ha salido á las mil maravillas, dijo doña Rosario no cabiendo en sí de satisfaccion: figúrense ustedes que el domingo despues de la consabida enfermedad.....

Todos soltaron una carcajada, recordando la farsa del sábado en la noche.

—La tragó el marido, exclamó una tia con el placer



CHUCHO EL NINFO.

Un palo al Diablo.

con que hubiera pensado en una píldora de estricnina tragada por un lobo.

—Y vaya si la tragó ¡pobre! dijo la otra tia.

—Pues como iba diciendo, continuó doña Rosario procurando atraerse toda la atencion de su auditorio y olvidándose hasta de su chocolate: á las seis del domingo, ya Mercedes y yo estábamos en la calle.

—¿Y Cárlos mandó recado? advirtió D. Pedro María.

—Sí, contestó doña Rosario, á las cinco y media mandó preguntar como seguia Mercedes y se le contestó que habia pasado muy mala noche y que estaba aun recogida. En punto de las siete llegó el padre Martinez á Jesus María ¿no es verdad, padre?

—A las siete en punto; sí, mi señora, cita inglesa.

—Apenas se habia plantado el padre en el confesionario, cataplum! allá va Mercedes.—Anda, hijita, bendita de Dios, le dije; aquí ofrezco mientras la confesion:—la pobre de mi hija se puso á la reja; yo la ví, y no tienen ustedes idea del placer que sentí al verla confesándose.

—Con razon! dijo una tia.

—Ya se vé! dijo el padre Martinez.

—Naturalmente! agregó D. Pedro.

—Pues bien, continuó doña Rosario ¿que, creerán ustedes que aquello fué muy largo? no señor, en menos de un cuarto de hora despachó; y ví con el rabo del ojo la mano del padre Martinez y oí clarito clarito el *ego te absolvo*.—Ahora sí, dije, para mí, ya el diablo la llevó: salimos de la iglesia y á toda prisa nos venimos á casa: ya Cár-

los habia mandado otros tres recados, y segun el criado, estaba furioso.

—Vea usted que energúmeno, dijo una tia que era la que siempre daba el pié forzado para toda murmuracion.

—Ya se vé, observó el padre Martinez, él solo estaba pensando en el dia de campo.

—Y mal se avienen, agregó D. Pedro, la pureza y la gracia del alma, con el deseo de los placeres.

—Naturalmente! exclamó doña Rosario, que diferencia entre una jóven que acaba de recibir la gracia de Dios y un hereje de la calaña del tal D. Cárlos!

—Vamos, muger, le dijo D. Pedro en tono de reconvencion.

—Si no puedo ver á los herejes, no consiste en mí, pero les tengo muy mala voluntad.

—No se carece de razon para ello, dijo el padre Martinez; pero lo mejor es, tener piedad de sus culpas y procurar inducirlos á abjurar de sus errores, porque al fin, su Divina Magestad, tarde ó temprano, se digna tocarles el corazon y los pobrecitos herejes tienen que cantar la palinodia.

—Pero, no crea usted que se consiga nada acerca de Cárlos; yo por lo menos no me he de meter á convertirlo, allá se lo haya, dijo doña Rosario; lo esencial es salvar á Mercedes, y eso parece que lo hemos conseguido.

—Por lo menos, el diablo ha llevado buen chasco, agrego una tia riéndose.

—Y dígame usted, padre Martinez, usted que sabe y

ha estudiado sagrada teología: ¿el diablo es realmente de la forma con que nos le pintan? porque, oiga usted, yo he visto diablos pintados y son verdaderamente horribles.

—Qué si son así? preguntó doña Rosario; vaya si son, ¿quién no conoce su figura? uñas muy grandes, especialmente las de los piés, cuerpo de hombre, por supuesto, cola como de mono, alas de pellejo, sin plumas, como las de los murciélagos, y cuernos retorcidos; así es como he visto siempre al diablo ¿no es verdad? agregó dirigiéndose á todos como peritos en la materia.

—Exactamente así son los diablos, dijo una de las tias.

—Dicen, ademas, continuó doña Rosario, que los hay verdes y otros negros, y como medio rojizos.

—De modo y manera, dijo D. Pedro María, que efectivamente, padre Martinez, el diablo es como nos lo pintan.

—Se sabe, dijo el padre Martinez, que el fuego nuestro no es mas que fuego pintado, comparado con el del infierno; y así calculo yo, que los diablos deben ser todavía mas feos que los que nos pintan.

—Ese es un argumento que me convence, exclamó D. Pedro.

—Lo que yo no puedo comprender, dijo la tia, es ¿cómo esos diablos que naturalmente son del tamaño de una persona, pueden hacerse invisibles y tentarnos y todo sin que nosotros los véamos?

—Eso es porque vienen en espíritu, señora; ¿no considera usted que si el diablo nos tentara viniendo del infierno con alas y todo lo veriamos venir, y nos familiari-

zariamos con ellos ó quedarian expuestos á las acechanzas de los hombres? porque entre éstos los hay tan malvados que estoy seguro de que no faltaria alguno capaz de darle un palo al diablo.

—Ay que bueno! exclamó una tia, pues yo si pudiera le habia de pegar uno que se habia de acordar de mí para toda su vida.

—Yo no sé pegar; pero haria lo mismo que mi hermana, dijo la otra tia.

—Bien es, agregó el padre Martinez, que los chascarrillos que el diablo se lleva á veces con los buenos católicos equivalen á un palo; sea este por ejemplo.

—Ya se vé, exclamó doña Rosario, si por eso estoy contenta: figúrense ustedes que en lugar de una alma que el diablo disputaba, hoy se han purificado: las de mi marido y la mia dos, Merced tres, mis hermanas cinco y Angelita seis: ¡media docena de almas purificadas! por una que el diablo quiso corromper.

—Ya verán ustedes, dijo el padre, que esto es un verdadero palo.

Esto pasaba, como recordará el lector, cuando Mercedes llevaba poco tiempo de casada con Cárlos, y ya desde entonces el diablo tenia la interesante mision de pervertir á Mercedes. Diez años despues, quiere decir, en la época en que hemos visto á Chucho el Ninfo hecho pollo, el diablo, si mal no comprendemos, persistia en su obra y ponia en juego los mas pérfidos resortes.

Volvamos, pues, al cabo de esos diez años á la casa de D. Pedro María.

Los mismos muebles, el mismo aspecto tenia todo; solo las personas habian cambiado esencialmente.

Don Pedro María estaba muy viejo y muy enfermo; en doña Rosario habia aun todo el vigor de la jamona que lucha con las navidades por medio de la rutina higiénica, pero no obstante, era ya una señora mayor.

Las dos tias estaban cartilaginosas y comenzando á momificarse en vida; una de ellas habia perdido un ojo y la otra el oido, pero ninguna de las dos la lengua.

Pablito era, como hemos dicho, periodista y por lo tanto político y hombre de pretensiones.

Una tarde de Agosto, la sala de D. Pedro María estaba oscura; habian cerrado los balcones por temor á la tempestad y alumbraban con una luz amarilla una vela de la Candelaria, otra de Nuestro Amo y una lamparita de aceite de olivo.

Parecia que del sofá se habia apoderado las tres parcas. Estaban allí doña Rosario y sus dos viejas hermanas las tias de Mercedes.

Doña Rosario se enjugaba las lágrimas y las tias cartilaginosas se apretaban las manos; ni el padre Martinez, ni D. Pedro, ni el señor cura, ni siquiera Perez las consolaba. Estaban entregadas á su dolor, oyendo el rimbombar de los truenos, porque el cielo estaba enojado y en la imaginacion de aquellas tres señoras las descargas eléctricas tenian este nombre, *la ira de Dios:* sin mas

razones que la que tiene un boticario para llamarle á una infusion astringente agua del Papa.

Las viejas lloraban, temblaban y rezaban, y razon tenian: acababa de caer en aquella casa un rayo, pero no enviado por Júpiter, sino por el diablo. Este rayo era la certidumbre de que Merced era una esposa adúltera: las tias habian husmeado, habian puesto celadas, habian conjurado á las criadas de la casa de Cárlos, en nombre de su salvacion eterna, á que dijeran la verdad, y la verdad habia aparecido desnuda, asquerosa, descomunal.

Mercedes era criminal y nadie se habia atrevido á pensar nada mal de Chucho el Ninfo.

—Sobre que oye misa y reza y toma agua bendita, decia la tuerta; que yo lo he visto.

—De las pasiones del alma no es dueño Juan Carbonero, agregó la sorda, calculando que aquel refran habia de venir al caso en cualquier momento.

—Mi hija de mis entrañas! exclamaba doña Rosario.

—Y su marido?

—No lo sabe todavía.

—Figúrese usted lo que sucederá cuando lo sepa, Dios nos coja confesadas!

—Pero ¿cómo es posible que no lo sepa, cuando por todo México no se habla de otra cosa? continuó la tuerta. Ayer nada menos, estuve en Chiconautla y con lo primero con que me van saliendo:—Que dice usted, mi alma? que desgracia la de Merceditas! haberse ido á enamorar de ese jovencito.—Pero si es un niño, dijo doña Marta.

—Eso es lo mismo que yo digo.—Yo no lo conozco.—Ni yo.—Pues yo sí lo conozco, les dije.—¿Y que tal?—Pues oigan ustedes, en obsequio de la verdad, Merceditas no ha carecido de razon; quiero decir, de disculpa, porque Chucho es como un dulce.—Dicen que es buen mozo.—¡Chulísimo!—Pero de todos modos es una desgracia.—¿Y no tiene padre?—Como no! el señor D. Francisco, el ricote.—Pero dicen que es su tio.—No, sino su padre.—Es hijo natural, pero D. Francisco es su padre, que yo lo sé bien, dijo doña Marta; que como saben ustedes es muger que tiene tantas relaciones. Vaya, sobre que no hablamos de otra cosa en toda la visita, que fué larga; figúrense ustedes que un color se me iba y otro se me venia, porque al fin se trataba de mi sobrina y ya saben ustedes cuanto he querido á esta muchacha.

—Está muy en voga esto de los amores de mugeres casadas: ahí está el divorcio de doña Luz, y el otro negocio de la calle del Indio Triste.

—Yo no vuelvo á ver á Mercedes, dijo doña Rosario.

—Ni yo.

—Ni yo, dijeron las tias.

—¡Jusus, María y José! exclamó la tuerta al oir un trueno, creo que ya se va á acabar el mundo, ¡oye qué tempestad! Rosario.

Y las tres ancianas se echaron en oracion.

—A mí nadie me quita de la cabeza, dijo la sorda, que con la novena á San Judas Tadeo, la cosa se compone.

—Qué San Judas Tadeo! si esto ya se echó á perder, le gritó la tuerta á la sorda.

—Que no? pues mira, en casa teniamos un pegoste de hombre, que iba todos los dias, que no nos dejaba á sol ni á sombra; llevaba unos papeles, creo que era cobrador, yo no sé, pero es el caso que el hombre nos tenia la vida quitada; se lo dije á mi comadre.—¿Quiere usted que se vaya? me preguntó.—Como no he de querer!—Pues récele usted una novena á San Judas Tadeo.—¿Es posible? —Y poderoso.—¿Y se vá?—Irremisiblemente.—Pues lo voy á hacer.—Pero oiga usted, comadre, antes es indispensable una cosa.—¿Cuál?—Que le ponga usted una estampa en el sombrero.—¿Qué estampa?—La de San Judas Tadeo; en el forro del sombrero.—¿Y despues se reza la novena?—Sí, y antes que se acabe se vá.—¿Con seguridad?—Sí.—¿Y si no se vá?—Entonces es porque no conviene.

—Pues le pondremos una estampa de San Judas Tadeo á ese malvado, en el forro del sombrero.

—¿A qué malvado?

—A ese señor D. Jesus de mis pecados.

—Bueno.

—¿Qué te parece de esto, Rosario?

—Yo sé que esa es una devocion muy buena. Doña Teófila Lopez se la puso á su marido y hasta que se divorció; y las Jimenez se quitaron una visita de mas de dos años, con solo la estampa de San Judas Tadeo: hasta ahora, cuantos casos se han ofrecido, en todos el santo

ha hecho el milagro; hasta un pariente de las muchachas Rios, que les comia medio lado, tomó las de Villa Diego un dia antes de que se acabara la novena de San Judas.

—Pues está decidido, le ponemos la estampa, á ver si así quiere Dios que las cosas no vayan á mas.

—Cuéntalo como en la bolsa.

—Pero ante todas cosas, dijo doña Rosario; que nada de esto sepa mi marido, porque al pobrecito le costaria la vida esta pesadumbre.

No solo en la casa de D. Pedro María, sino en todos los círculos, se hablaba de estos amores escandalosos; y como se verá mas adelante, esta publicidad no era debida precisamente á la perspicacia de los observadores, sino á la manera con que Chucho el Ninfo trataba estos asuntos.

Un dia llegó á saberlo todo Elena, quien se creyó en el deber de reprender á Chucho severamente, á la sazon que éste se dignaba hacerle una visita á la señora su madre.

—Se habla mucho de tus amores escandalosos con una muger casada.

—De mis amores? repitió Chucho con calma, ya sabe usted que hay gentes envidiosas y mal intencionadas.

—Pero es que esto se sabe de una manera cierta.

—No sé cómo, porque no hay nada que valga la pena de referirse.

—Tus contínuas visitas.

—¿Ya no puede uno visitar á nadie?

—Sí; pero dos ó tres veces al dia es mucho visitar pa-

ra quien no tiene interes en una casa; y luego, que no te conformas con ir, sino que vas en el coche de don Francisco que todo el mundo conoce, y no tomas siquiera la precaucion de decir al cochero que vuelva por tí, sino que le haces esperar hasta que sales, y esto por mañana, tarde y noche; de modo que no hay una sola persona que pase por la calle de Zuleta, que deje de enterarse de que estás de visita en casa de Cárlos, ¿y así quieres que no se murmure?

—¿Pero tengo yo la culpa de que las gentes sean maliciosas? Yo voy, es cierto; pero nadie me puede probar que yo tenga relaciones con esa señora, quien por otra parte es muy buena y frecuenta los santos sacramentos.

—Pues es necesario que tengas moralidad y que seas buen cristiano.

—Voy á misa.

—Pero no te confiesas.

—Cada año sí.

—Qué confesiones harás!

—Muy buenas, mejores que las de usted.

—Calla y no seas lenguaraz.

—No haga usted caso, mamá, de lo que le cuenten, porque todo ello no tiene mas orígen que la envidia de mis detractores: ven que me visto bien, que soy elegante, que gasto lujo, y que se mueren por mí las muchachas; y no puedo yo acercarme á muger nacida sin que desde luego me la atribuyan; otros hacen cosas peores, pero como son feos, nadie se fija en ellos, mientras que yo.....

Elena tenia razon; porque Chucho en sus pretensiones con Mercedes habia buscado antes el escándalo que la correspondencia.

Merced permanecia largas horas encerrada en su casa, porque su marido hacia mucho tiempo que habia dado en ausentarse por largas temporadas para atender á algunos negocios que tenia en unas fincas de campo.

La enfermedad moral de que se sintió atacado este matrimonio pocos dias despues de la luna de miel, se hizo crónica; de manera que la union conyugal tomó ese aspecto de sociedad de conveniencia mútua á que llegan muchos matrimonios.

Merced era la sub-admininistradora doméstica: Cárlos el proveedor capitalista.

Y reinó allí la calma soporífera de las uniones frias, sostenidas solamente por respetos y consideraciones mútuas. Ni la ternura, ni el amor, ni esa intimidad dichosa del hogar, ni las largas confidencias, ni las mil pequeñas peripecias conyugales que son las flores de un nido de amor indestructible; nada habia quedado bajo el hielo de una especie de amistad ceremoniosa y grave, y tanto Cárlos como Mercedes se sentian mejor cuando estaban uno del otro ausentes.

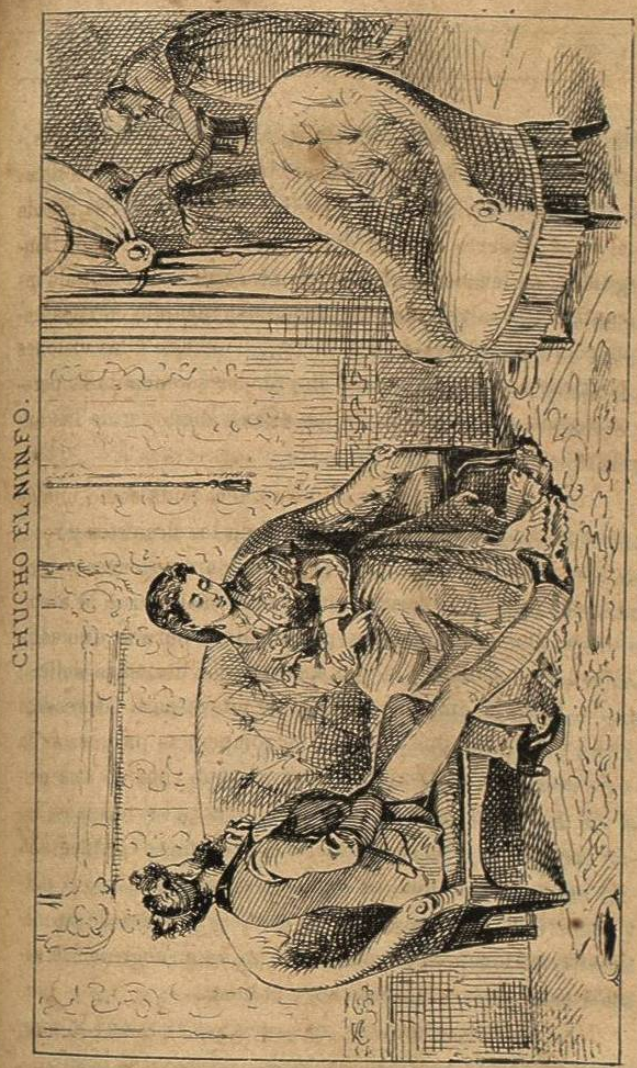
En medio de este aislamiento, Mercedes rescataba de entre las sombras de su pasado todas sus ilusiones vírgenes, todos sus sueños de muger, todo su caudal de sentimiento, y lo enagenaba por primera vez á la encarnacion

de su ideal, á Chucho el Ninfo, y temblando ante el crímen saboreaba con una delicia extraña su hiél de víctima.

Desde la monotonía de sus diez años de esposa, desde el erial desierto de esta época de acabamiento y de languidez, se levantaba el alma de Mercedes al inusitado incentivo de una regeneracion amorosa, jugando con las hechiceras creaciones de sus sueños, llamando á las visiones poéticas en su auxilio para emprender su encantada peregrinacion por la region de los dulces sueños y de las auroras amorosas.

Mercedes sentia la sávia de su nueva vida como una de esas plantas silvestres moradoras de los desiertos y recogidas un dia por hábil jardinero; todo era regeneracion en su ser, y hasta le parecia que era otro sol el que la alumbraba, que era otra brisa perfumada y pura la que solia besar sus cabellos y la que aspiraba con desusada delicia; todo, hasta el aire empezaba á ser nuevo para Mercedes: era la mariposa que acababa de romper las paredes de la crisálida en que vivió diez años, en que encerró una primera juventud precursora de una juventud reformada, lozana como la primavera; Mercedes, en fin, exprimentaba en medio de un raudal de intuiciones desconocidas, el placer inefable de una alma que se diera cuenta de su metempsícosis con la conciencia de un ayer negro en la alborada de una vida edénica y sublime.

Mercedes se encontró de pronto frente á la naturaleza, y de pária de la vida se habia convertido en uno de esos mil acentos que forman el himno del universo á Dios; pa-



CHUCHO EL NINFO.

El milagro de San Judas Tadeo.

ra Mercedes comenzaron á tener un nuevo atractivo las flores, las brisas, los arroyos, las aves y las estrellas, y deletreaba absorta la palabra "cosmos" en medio de su admiracion y su enagenamiento.

Y no se crea que esto era la obra de Chucho el Ninfo, no; este *quidam* se quedaba á cien leguas de distancia del oasis moral en que vivia Mercedes; Chucho no habia sido mas que la llave de cobre de un santuario espléndido.

El amor, exclusivamente, era el agente regenerador; y Chucho á este respecto habia sido solo el niño indiscreto que entreabre la puerta de un tesoro.

Mercedes al romper su crisálida moral habia buscado luz y espacio; y como hasta entonces habia sido una de esas mugeres para quienes la poesía de la naturaleza no pasa de una gerigonza, comprensible solo para los que escriben coplas ó cosas por ese estilo; Mercedes, decimos, buscó de pronto por instinto ese templo grandioso que Dios mismo se formó para que lo adoremos; y una mañana en que con planta débil se encaminaba á la vieja y sucia iglesia de la Merced, impulsada por la fuerza de la costumbre, volvió la cara y vió en la altura algunas nubes blancas que avanzaban con voluptuosidad bajo un cielo azul purísimo; la vista de Mercedes siguió las nubes y se fijó en seguida en las montañas del Poniente esmaltadas por el sol, y presentando esas variantes misteriosas á las que la distancia les presta un encanto que atrae.

Sintió Mercedes lo que todos sentimos al ver un panorama ó una planicie distantes: el deseo de trasportarse

allí. ¡Cuantas veces hemos contemplado las sinuosidades de una cordillera, las ondulaciones de una montaña, ó las vaporosas oscuridades de una arboleda, y hemos deseado tener alas para trasportarnos á aquel lugar, con la idea de encontrar en él no sabemos que placer que nos aguarda!

Mercedes sintió esto y detuvo su marcha, y pensó en seguida con horror en las tres largas naves de la iglesia de la Merced, en su negro artesonado y en el pavoroso silencio de los altares; é impulsada por una resolucion enérgica dió la vuelta y dijo á la criada que conducia á su hija:

—Vámonos.

La criada hizo un gesto de extrañeza pero dió la vuelta; á pocos pasos pasaba cerca de Mercedes un coche de alquiler, cuyo cochero, como si hubiera adivinado á Mercedes, le ofreció el vehículo.

Mercedes contestó al cochero parándose, y éste á su vez arrimó el coche:

Tres cuartos de hora despues, Mercedes estaba en las lomas de Tacubaya, cerca del Molino del Rey.

Doña Rosario supo ésto y juró en medio de un arranque de fervor y de pena, que el coche aquel era la barca de Caron y el conductor el diablo mismo en persona disfrazado de cochero del sitio.

CAPÍTULO XXIII.

LAS ORUGAS, LAS CRISÁLIDAS Y LAS MARIPOSAS: EL DIABLO, LA NATURALEZA Y EL AMOR.

NADA hay mas importante en la raza humana que la edad que corresponde exactamente al periodo de la oruga.

El niño no es mas que la oruga del hombre: este es el periodo de la nutricion, del desarrollo y del trabajo para el porvenir.

La naturaleza tiene para las orugas los blandos renuevos, los jugos ácidos de las hojas y la miel de las flores.